**A NOVA DEMOCRACIA BRASIL: Editorial**

**¿Por qué no ha caído Bolsonaro (todavía)?**

Más de una vez, desde enero de 2019, los analistas burgueses han fijado una fecha para el fin del gobierno de Bolsonaro. El punto más alto se alcanzó al comienzo de la pandemia, el año pasado, cuando la política abiertamente genocida del capitán-de-Bush (imitando a su amo, Donald Trump, que ya sucumbió) resultó en la explosión del número de infectados y asesinados en Brasil, mientras que hubo varias manifestaciones golpistas organizadas desde el Palacio Planalto. Luego, la ayuda de emergencia, sumada a las investigaciones en Río y al arresto de Queiroz, devolvió tanto la presión al gobierno como su discurso a favor de una “intervención militar con Bolsonaro en el poder”. A principios de este año, con el empeoramiento económico y la sucesión de crímenes de lesa humanidad perpetrados en Manaos, así como el sabotaje a la vacunación masiva de nuestra población, volvió a fechar su caída y a dar por sentada la apertura de la proceso de juicio político, expectativas alimentadas por el diario "sellado" de Rodrigo Maia, el lloroso, en Twitter. Error de Ledo: la elección, especialmente de Arthur Lira, en la Cámara, a un precio de 3 mil millones de reales, apoyó, por ahora, esas predicciones, además de mostrar que el “frente democrático amplio” supuestamente fortalecido en las elecciones municipales no fue nada más que una rata desnutrida, si no imaginaria.

El hecho fundamental de la situación brasileña es que marcha hacia una radicalización inevitable y que no hay salida posible para la catástrofe que nos azota que no pase por la violencia. Violencia contrarrevolucionaria, para destruir los derechos democráticos mínimos logrados por la movilización popular y la resistencia al régimen militar y con su derrocamiento, que son obstáculos para reestructurar el viejo Estado reaccionario y dinamizar el capitalismo burocrático; o violencia revolucionaria, para derrocar al viejo estado reaccionario, barrer el capitalismo burocrático y llevar a cabo la revolución de la Nueva Democracia. Este es el verdadero dilema histórico que se nos presenta, que tenderá a volcar y luego a tragarse las soluciones intermedias, falsas en tanto que imposibles.

Este es quizás el gobierno más asesino y corrupto de nuestra historia. No es fácil hacer tal afirmación, dada la larga duración de regímenes y gobiernos estrechos que nos han acosado desde Tomé de Souza. Pero, frente a lo que se hizo en apenas dos años, con la muerte de más de 230 mil brasileños, la flagrante sumisión al imperialismo yanqui (todos eran sumisos, descarados a este nivel y no a otro), la juerga de la cloroquina (un una especie de mortalidad sobrevalorada), la venta a precio de ganga de nuestra riqueza natural, la ruina del SUS e incluso los mínimos valores iluministas, en favor de un darwinismo social desenfrenado y un oscurantismo que hacen parecer “progresistas” hasta las figuras más atroces Frente a todo lo que encierra la declaración. Sin embargo, a pesar de todo, incluida la dura oposición de los sectores "ilustrados" de la gran burguesía, cuyos portavoces son los monopolios de la prensa, en particular la Rede Globo y el Estado de São Paulo, el gobierno de Bolsonaro / generales perdura. A menos que esto sea atribuido a Dios, oa un destino manifestado de adentro hacia afuera por nuestro pueblo, que lo ataría a la perversión eterna, es necesario explicar este fenómeno. Complejo, sin duda, pero se puede trazar en líneas generales.

En primer lugar, las elecciones de 2018 y el gobierno militar que siguió fueron el resultado, no la causa, de ese proceso de inevitable radicalización y tendencia a la violencia mencionado anteriormente. Si queremos fechar el inicio de este nuevo ciclo, podemos señalar los días de junio de 2013, que marcó el agotamiento del “acuerdo nacional” celebrado a fines de la década de 1970 (patrocinado, por cierto, por el régimen militar) y que culminará con la Constitución del 88º Constitución que, entre otros disparates, mantuvo la tutela militar sobre el llamado “poder civil”, al hacer de las Fuerzas Armadas “garantes del orden interno”. El triunfo electoral del PT en 2002 fue, al mismo tiempo, el auge de esta “Nueva República” y el inicio de su declive, por revelar los límites insanables de los acuerdos que le dieron origen y frustrar cualquier expectativa de cambios sociales efectivos en el interior. sus marcos. El “neodesarrollo” del PT no fue más que un aumento en la concentración de la tierra y el fortalecimiento del terrateniente exportador, consumismo desenfrenado basado en la juerga crediticia - que concentraba y no distribuía la riqueza en manos del capital financiero - una cooptación y degeneración sin precedentes en la mayoría de los casos del movimiento sindical y popular, ligados como ruedas al auto del gobierno federal. Expresión en el país de la ofensiva contrarrevolucionaria general encabezada por el imperialismo yanqui como flagrante “colaboración de clases”, asistencia barata y corporativización de las masas para mitigar las contradicciones de clase y no, el tan cacareada por los monopolios de prensa, “volverse a la izquierda”. Todo esto, acumulado, más megaeventos, ocurrió en la explosión de 2013, cuando quedó claro que la tarjeta de oportunismo lanzada por las clases dominantes internas (para evitar levantamientos como los que cuajaron la historia política de América Latina al final de la siglo) pasado), ya estaba sin efecto. De ahí data la preparación para la intervención militar, que ha ido creciendo, y que Lavajato, el juicio político de Dilma y la puñalada y redención electoral de Bolsonaro son los capítulos resultantes.

En segundo lugar, y esto es parte de lo dicho anteriormente, el gobierno no es de Bolsonaro, sino de los generales que lo rodean en el Palacio de Planalto. Por ahora, tienen un acuerdo de no agresión: a Bolsonaro se le da derecho a hablar (y a conspirar), mientras que la milicia toca el país como una fancaria, blandiendo amenazas de supresión de las libertades democráticas. Esta tutela sobre Bolsonaro es, en la práctica, tutela sobre el sistema político en general, ya que, al final, el propio Bolsonaro no es más que un político del muy bajo clero, más desacreditado a los ojos de la opinión pública que una veintena de tres. verdadero. Estas Fuerzas Armadas reaccionarias, corruptas hasta la médula, funcionan en la práctica como una especie de milicia legalizada de la gran burguesía y el latifundio, interesada en el mantenimiento del orden putrefacto, al mismo tiempo que cobra por ello una “tasa de protección”. . Esta tarifa de protección son sus privilegios indecentes, como súper salarios para altos funcionarios, comisiones, jubilación completa, un sistema de atención médica separado, banquetes y sobornos. En caso de un eventual juicio político al capitán de la selva, esta situación no cambiará para nada, pero claramente el Alto Mando no tiene hoy ese cargo, por temor al proceso de movilización popular que podría ponerse en marcha.

En tercer lugar, el gobierno de Bolsonaro y los generales hoy cuentan con el apoyo del capital financiero, especuladores y tiburones de la Bolsa, ese pueblo reaccionario de alto nivel, que tiene horror a todo lo que huela a gente, tan bien descrito por Marx como el “lumpemproletariado renace en las culminaciones de la sociedad burguesa”, y que prefiere mil golpes de Estado a una sola movilización popular seria que atente hasta remotamente sus intereses. Estos piratas, aunque constituyen una pequeña minoría de la población, tienen presencia en círculos intelectuales y políticos, financian proyectos y periodistas, acceden a fuentes importantes y, por tanto, son mucho más relevantes de lo que su número podría indicar. Paulo Guedes, si no es precisamente un ideólogo de esta capa, es su representante típico. No por casualidad, la primera medida aprobada por la Cámara tras la elección de la nueva junta directiva fue la autonomía del Banco Central, que quita a los gobiernos electos (en teoría, el núcleo de la legitimidad de la democracia liberal) la dirección de aplicación política económica, ya dictada desde Wall Street. ¿Para que? Acelerar la presa de la riqueza nacional, mediante la determinación de la política monetaria, el control de los intereses y la inflación, sea cual sea el estado de ánimo (¡y el estado material!) De las masas. Y, por supuesto, la capacidad de tal “banco central autónomo” para boicotear e, incluso, derrocar a un gobierno que no es del agrado de los especuladores no será pequeña.

En cuarto lugar, tenemos al latifundio exportador, bien representado en este gobierno como en todos los demás. La diferencia es que, ahora, además del “agro pop” de la soja, también participa el latifundio de tipo antiguo, heredero de la UDR, con sus milicias privadas y relaciones de producción anacrónicas, desinteresado en una política ambiental, aunque cosmética, para unos pregoneros del “capitalismo verde”, por el cual se puede concentrar la tierra y matar a voluntad a campesinos y pueblos originarios, siempre que esto no “raye la imagen del país”. Este latifundio profundo, un ladrón de tierras, que expande sus propiedades no en base a la compra y venta, según la ley del valor, sino por puro saqueo, apoya hoy a Bolsonaro como apoyó ayer y fue incluso las tropas de choque del golpe del 64. , cuyo primer ajuste de cuentas tuvo lugar con las Ligas Campesinas. Este es, al fin y al cabo, el centro, cuyos líderes son oligarcas del Norte y Nordeste, sumados a los pistoleros de las zonas urbanas, dueños del Congreso Nacional desde siempre.

 Finalmente, hay una base masiva que sigue a Bolsonaro, compuesta principalmente por pequeños burgueses y semiproletarios arruinados, además de la suma global adinerada que habita los barrios y condominios de los nuevos países ricos de todo el país, que ganaban dinero a base de sobre todo tipo de tramoias, esquemas y engaños, cuando no, en asesinatos (el caso de paramilitares, policías, etc.). La extrema derecha fascista aglutina también a los peores elementos de todas las clases sociales, que son, los más racistas, sexistas, degenerados, sillones, fanáticos y locos, pues pide una amalgama de varios reaccionarios. Entre los más pobres, también está el fenómeno de los evangélicos, que no es solo una cuestión ideológica, sino también social y económica: el oportunismo traidor ha atrapado el nombre de la izquierda entre estas masas profundas, las desmovilizó y favoreció su corporativización por “ Comerciantes de la fe ”, quienes acumularon fortunas durante los años de la administración del PT.

Esta es la base de masas del gobierno actual. Lo tiene, insistimos, pero es frágil, dada la debacle económica del país y los antagonismos que permean su alianza interna. Si la situación empeora, el gobierno de turno puede caer y formarse un nuevo arreglo; ahora, derribar las bases reales de estos monstruos, que siempre estuvieron ahí y que ahora pasan a primer plano, para asombro de los incautos, es una tarea que solo la Revolución Democrática puede realizar.